

encontramos al infeliz todavía en el mismo triste estado. Una herida, ensanchada con el cuchillo de una manera verdaderamente horrorosa, por encima del tobillo derecho, y vendada con una tira del pedazo de tela que componía todo su traje, nos indicaba la parte mordida por el reptil. La pierna estaba hinchada, y violentas convulsiones sacudían todo el cuerpo del pobre indio, á quien apenas pudimos reconocer, tal era la contracción de sus facciones. Al pasar por la sabana, Esetamaipn había pisado una serpiente de cascabel, y llevado del sentimiento de venganza, la había muerto primero, y cortado y vendado después su herida con la sangre fría é impasibilidad propias de todo indio. Como el suceso había tenido lugar en la parte más elevada de la sabana, penosamente se había arrastrado el herido hacia el sendero, esperando ser encontrado allí, y perdidas las fuerzas, cayó en el sitio donde le veíamos. A juzgar por la sangre derramada, debían haber pasado ya varias horas después de la mordedura, de modo que la succión y la cauterización estaban ya fuera de tiempo; lavamos, pues, la herida con amoníaco, é hicimos tragar también al paciente, todavía desfallecido, algunas gotas mezcladas con un poco de agua. Este remedio no dejó de producir muy pronto sus efectos; volvieron los sentidos y Esetamaipn, que se quejó de dolores en el pecho y en la espalda, como también de tirantez en los miembros, fué llevado en su hamaca á Pizara. Permaneció la pierna varios días hinchada, como masa informe y sin movimiento alguno; al propio tiempo, la más leve sacudida causaba terribles dolores al enfermo. Pasadas tres semanas, el uso continuo de cataplasmas emolientes había conseguido, no tan solo bajar la hinchazón, sino que también hacer desaparecer los dolores y el aspecto cadavérico del rostro; al cabo de cinco semanas se cicatrizó la herida, y pudo el paciente hacer uso de su pié otra vez.

Hace algunos años, según dice Tschudi en su «Viaje por la América del sur», publicado en 1867, un suceso causó mucho asombro en Rio Janeiro. Un tal Mariano José Machado, que hacía muchos años padecía una enfermedad de la piel, resolvió después de una permanencia de cuatro años en el hospital de la ciudad, hacer una última tentativa para la curación de su terrible mal. La creencia popular atribuye en algunas regiones del Brasil á la mordedura de las serpientes venenosas la virtud de curar la lepra; y Machado, después de haber oído decir que en la capital se hallaba un crótalo vivo, declaró su firme resolución de hacerse morder por el reptil. Inútiles fueron todas las instancias de su familia y de varios médicos para hacerle desistir; cansado de la vida, fué sordo á todas las súplicas; y acompañado de varios hombres, entre ellos también algunos médicos, se dirigió á la casa designada, donde hizo extender una solemne acta por notario, en la que declaraba que daba aquel paso por su propia voluntad, después de haberlo pensado mucho, y que solo él sería responsable del resultado: esta escritura se firmó por el interesado y varios testigos. Machado era un hombre de mediana estatura y de unos cincuenta años de edad; todo su cuerpo estaba invadido por la lepra; tenía el rostro completamente desfigurado; y en las extremidades las pústulas se habían aglomerado de tal modo, que la epidermis podía desprenderse con facilidad. El hastío á la vida había llegado ya en el paciente á su colmo. Cumplida debidamente dicha formalidad, Machado puso sin vacilar la mano en la jaula del crótalo, pero este, cual si le infundiera repugnancia el enfermo, retrocedió. El hombre cogió después la serpiente, pero esta se limitó á mover la lengua, y solo cuando el enfermo la excitó oprimiéndola varias veces, mordióle en la base del dedo meñique.

Machado no sintió nada de la herida, de modo que los

presentes hubieron de llamarle la atención sobre ella. Esto sucedió á las once y cincuenta minutos: al retirar la mano de la jaula se observó en la herida una pequeña hinchazón; á los cinco minutos, el paciente experimentó frío en la mano, que desde este momento se inflamó rápidamente, adquiriendo al cabo de un cuarto de hora un tamaño espantoso. A las doce y veintiocho minutos la hinchazón se extendió por todo el brazo hasta el hombro; y la descomposición del semblante y los movimientos convulsivos demostraron que los efectos del veneno iban en aumento. A la una y veinte minutos notóse un temblor y una sensibilidad extraordinaria en todo el cuerpo; diez y seis minutos después perturbáronse las facultades intelectuales del enfermo, que movía con dificultad los labios; produjose la soñolencia y una contracción del esófago. A las dos y cinco minutos se entorpeció la deglución y el habla; el paciente se quejó de angustia y un copioso sudor inundó su pecho. Treinta minutos más tarde el malestar había llegado á su colmo; al mismo tiempo se produjeron vértigos; la sangre manaba por la nariz, accidente que se repitió á los cuatro minutos; y los dolores del brazo se hicieron tan agudos, que el enfermo exhalaba involuntariamente gemidos. A las tres y treinta y cinco minutos extendióse por todo el cuerpo un color amarillo, y de una de las pústulas de debajo del brazo comenzó á salir sangre. El enfermo bebió sin dificultad un poco de vino con agua, pero pronto no pudo ya tragar; la respiración se hizo penosa, los dolores del brazo casi insostenibles y el color amarillo de la piel empezó á oscurecerse, sobre todo en el brazo mordido. Las pulsaciones que después de las dos ascendían á noventa y ocho, subieron á ciento cuatro por minuto. Produjose entonces un gran calor en todo el cuerpo; á las cinco y treinta minutos una secreción considerable de orina, y á las siete una soñolencia invencible. Pasado algún tiempo, durante el cual el enfermo se había quejado de continuo, despertóse en fuerza de sus agudos dolores en el pecho y estrechez de la garganta, de modo que le era imposible tragar; las secreciones de orina se repitieron, y también las evacuaciones de sangre por la nariz. En tal estado, cuando el enfermo, así como los médicos presentes, parecían convencidos de que el envenenamiento tendría por resultado la muerte, hizo se con el consentimiento de Machado una última prueba para evitarla si era posible. A las diez se le dieron por lo tanto tres cucharadas de una cocción de *huaco* (*mikania huaco*) y una hora después cuatro más. A la media noche sobrevino el sueño; al cabo de media hora el enfermo despertó con una angustia indecible, gritó ruidosamente y pidió un confesor. Pasó el resto de la noche sumamente inquieto: á las nueve de la mañana apoderóse del enfermo un gran desfallecimiento; la orina era sangrienta, y las convulsiones se repitieron, interesando sobre todo la mandíbula inferior y las extremidades inferiores. A las diez y treinta minutos, cuando aun no habían transcurrido veinticuatro horas, el enfermo murió, después de haber sido atormentado por toda clase de remedios, habiéndosele obligado también á tomar algunas onzas de aceite de lagarto. El cadáver se hinchó pronto de un modo extraordinario, entrando rápidamente en descomposición; á los pocos minutos se cubrió de manchas.

«Aunque se salve el herido, dice Schomburgk, por la pronta aplicación de remedios, las consecuencias persisten toda la vida, y hasta puede sucumbir el paciente al cabo de varios años. En casi todos los casos la herida se abre de nuevo y el miembro dañado se resiente del cambio de tiempo.»

Además de los remedios usuales y conocidos de todos, como también el jugo fresco de la caña de azúcar, que según afirman los indios es muy eficaz igualmente contra el envenenamiento por medio de las flechas emponzoñadas, posee

cada tribu sus antidotos particulares, de los cuales una buena parte no son mas que ridículas supersticiones. Así, en algunas tribus ni el herido, ni sus hijos, padres y hermanos, siempre que habiten bajo el mismo techo, pueden beber agua, ni bañarse, ni tan siquiera acercarse al líquido, durante los primeros días de su enfermedad; tan solo á su mujer le es permitido hacer uso del agua. Una especie de caldo ó pasta poco espesa de calabaza es lo único que, tomado caliente, debe emplearse para apagar la sed, así como tambien solo pueden comer cierta fruta asada durante el mismo tiempo. Si el herido ha chupado caña de azúcar para contrarrestar el efecto de la mordedura, debe privarse despues de todo otro dulce. Hay tribus en las que la leche de mujer goza la fama de ser el mas enérgico contraveneno, y la usan conjuntamente con cataplasmas emolientes; otras dan la preferencia al jugo extraido de las raíces y hojas del *Dracontium dubium*. Empléase tambien muy generalmente contra la mordedura del cótalo una decoccion de la *Byrsomina crassifolia* y de la *Moureira*, lo mismo que de la *Quebitea gianensis*. Pero parece que la accion curativa de todos estos medios depende en gran manera de la robustez y constitucion del herido, pues las mujeres y los hombres débiles raras veces logran salvarse.

Tschudi no duda que los indios de las selvas, tan expuestos á los mordiscos de serpiente, tengan un antidoto eficaz que hasta ahora no conocemos. «Sabido es, dice, que los indios de Columbia y del Perú poseen un excelente remedio contra la mordedura de ciertos ofidios; es el *bejuco de huaco* (*mikania huaco*), remedio que raras veces deja de tener felices resultados.» Añade que miles de veces se ha empleado con brillante éxito, y al hablar del caso de Machado dice que entonces no produjo efecto por haberse empleado cuando ya era tarde para salvar al enfermo. «El huaco pudo retardar la muerte, pero no salvar al enfermo.»

«Los brasileños, observa el príncipe de Wied, fuera de muchas ridiculeces y supersticiones, conocen algunos remedios verdaderamente eficaces contra la mordedura de las serpientes, entre otros, la incision y cauterizacion de la herida, y varias infusiones de plantas, que emplean en forma de cataplasmas algunas, y otras como medicamento interno, que en este caso obran como sudoríficos. Estas plantas son en número considerable, y forman entre ellas varias especies de las *Aristolochia*, *Bignonia*, *Jacaranda*: como, por ejemplo, el *Angelim branco*, la *Plumeria*, la *Verbena Virgata*, etc.»

En su descripcion de viaje el príncipe refiere varios casos de hombres mordidos por serpientes que pudieron salvarse. A un jóven puri se le vendó el pié mordido, hízose una incision, se chupó la herida, y á falta de un sudorífico se le dió aguardiente. «Despues de cauterizada dos veces con pólvora, colocóse al enfermo en una hamaca, cubriendo la herida con cantárida pulverizada. El pié se hinchó mucho; un minero allí presente trajo dos clases de raíz, de las que la una parecia ser la del *aristolochia ringens*, la cual sirvió para preparar una tisana muy cargada; siguiéronse vómitos, pero era difícil reconocer si fueron causados por la bebida, por el aguardiente ó por el mismo veneno. Despues de una noche tranquila, el pié y el muslo se hincharon hasta ofrecer doble tamaño; el enfermo se irritó de tal manera que gritaba y lloraba al mas leve ruido; y como empezaba á echar sangre por la boca no se le dieron mas remedios. Sobre el pié se le pusieron hojas de la *Rumeria obovata*, que le aliviaron mucho; en la herida echóse un polvo de la raíz de esta planta, y el enfermo sanó poco despues.

En un corto viaje por las cercanías de Rio Janeiro, Sellow encontró un negro mordido por una serpiente; estaba desfallecido y echado en tierra; tenia el rostro hinchado; respiraba

con fuerza y habia echado sangre por la boca, nariz y oídos. Se le dió luego grasa del gran tejú, propinándole antes una tisana de verbena como sudorífico.

«Lo dicho nos dará una idea de los medios empleados por los campesinos brasileños para estas curaciones. Sucede allí lo mismo que entre nosotros; cada cual conoce un medicamento preferible al de su vecino, remedio que con seguridad cura y que á menudo se tiene como secreto. Sobre todo se recomienda rezar cierto número de Ave Marias, Padre nuestros, etc.»

Un farmacéutico alemán, Peckolt, residente en Cantagallo, ha preparado, segun Tschudi, con una planta empleada á veces con éxito por los indios como antidoto, una tintura que vende bajo el nombre de poligonaton, acompañándola de una ventosa que se debe aplicar al punto sobre la herida, ensanchada por algunas incisiones, despues de vendar el miembro mordido. La tintura se toma, segun la violencia de los síntomas, á intervalos mas ó menos largos, y ha tenido un éxito brillante en mas de setenta casos ocurridos en las cercanías de Cantagallo. Aunque se usó tarde, cuando los síntomas ya habian adquirido su carácter mas peligroso, comenzando los vómitos de sangre, salvó á menudo al enfermo.»

Segun dice el mismo naturalista, los indios y los negros afirman que la mordedura del cótalo es mas peligrosa en las épocas de gran calor, cuando las hembras llevan los huevos, cuando mudan la piel y en los cambios de luna. Los brasileños, al igual de aquellos, dicen tambien que las serpientes escupen el veneno cuando quieren beber; que el herido de su mordedura debe evitar, mientras dure su curacion, la vista de las mujeres; que el veneno conserva durante largo tiempo su eficacia, y refieren á veces en apoyo de estos asertos las mas ridículas historias. El ya gastado cuento del par de botas que hizo viuda tres veces á una mujer, porque al morder una serpiente de cascabel al primer dueño de aquellas, dejó clavados en el cuero sus ganchos venenosos, corre todavia de boca en boca entre brasileños y norte-americanos, siendo oido siempre con la mejor buena fe del mundo, y sin que nadie se atreva á oponer la menor objecion.

En cuanto á los enemigos que suelen atacar á esta serpiente, ni el príncipe de Wied, ni Schomburgk, dicen cosa alguna, pero podemos suponer que tengan los mismos ó parecidos que su congénere norte-americano. El hombre la mata siempre, donde sea que la encuentre, sin sacar ningun otro provecho de ella. Ningun americano como su carne, ni siquiera el indio salvaje. Los cascabeles de su cola, segun indica el príncipe, se recogen siempre que se puede, pues algunos los pagan á muy buen precio, atribuyéndoles ciertas propiedades curativas.

CAUTIVIDAD.—En la América del sur, solo los negros tienen aficion á educar las serpientes venenosas. «Dícese que los negros han traído de su país, observa Schomburgk, el arte de domar estos reptiles, pues entre ellos no es cosa muy rara tener serpientes de cascabel que, sin arrancarles sus dientes, han domesticado hasta el punto de dejarlas enroscarse en sus brazos, y viven con ellas en la mayor intimidad.»

LOS LAQUESIS—LACHESIS

CARACTÉRES.—Crótalo mudo (*Crotalus mutus*) llamó Linneo á esta especie, la mas temible tal vez de todos los botrofidios de la América del sur, y que tiene, en efecto, todos los caracteres de los cótalos, menos los cascabeles, sustituidos por cuatro, hasta cinco escamas, mas pequeñas y puntiagudas, y una espina córnea en la extremidad terminal

de la cola; siendo este último distintivo el que ha dado pié á Daudin para adoptar el nombre de la parca Lachesis como denominacion científica del género, en que ha aislado estas serpientes, separándolas de los cótalos.

Como los laquesis forman una especie única, que pasamos á describir á continuacion, creemos que seria sobrada redundancia si entráramos ahora en otros pormenores.

EL LAQUESIS MUDO—LACHESIS MUTUS Ó RHOMBEATUS

CARACTÉRES.—El surucucu, como lo llaman los brasileños, suele alcanzar una longitud de 2^m,50, y á veces mas, y un grueso como el del muslo de un hombre, segun indica el príncipe de Wied; lo que nos parece algo exagerado. Tiene el dorso de un amarillo rojizo, con una serie longitudinal de grandes manchas romboidales, pardo negruzcas, conteniendo cada una de estas, dos mas pequeñas y de tinta mas clara; la region abdominal es amarillenta pálida, y brillante como si fuera de porcelana. La coloracion del dorso adquiere un matiz mas oscuro por encima del cuello, y el dibujo degenera en la cabeza en manchas irregulares, pero siempre de la misma tinta pardo negruzca.

«La cabeza, en forma de corazon, dice Schomburgk, ensanchada extraordinariamente por las poderosas glándulas, repletas de veneno, y que destaca marcadamente del cuello, lo mismo que los dientes venenosos, largos de mas de media pulgada, anuncian ya á primera vista la peligrosa condicion de esta serpiente.»

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—«En el Brasil, dice el príncipe de Wied, vive esta serpiente en todas partes; pues en todos los distritos que recorrí me dieron noticias de ella, y mis cazadores la mataron en los bosques á orillas del Iritiba, del Itapemirim, del Rio Doce, del Peruhype, y aun mas hácia el norte.» Markgrave la encontró asimismo en las inmediaciones de Pernambuco. Segun Schomburgk, abunda igualmente en la Guayana.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Véase lo que dice el príncipe: «El *surucucu* fija con preferencia su morada en los bosques frescos y sombríos, donde suele encontrarse enrollado en el suelo, descansando. Jamás trepa por los árboles. En sus hábitos y género de vida, se parece mucho á los cótalos. Pretenden algunos que de noche le atraen las hogueras, y este es el motivo porque muchos brasileños no encienden fuego alguno, cuando pasan la noche en el bosque. Dicese tambien que acostumbra arrojar el veneno cuando quiere beber, y otras ridiculeces por el mismo estilo. Algunos portugueses creen tambien que el reptil hiere con la espina de su cola; pero los indios y los negros, á quienes hice preguntas sobre este punto, me indicaron siempre el verdadero sitio del veneno y la perforacion de los temibles ganchos.

»Respecto al régimen y reproduccion de esta hermosa serpiente, no he tenido oportunidad de hacer observacion alguna; pero es de suponer, como ya he indicado, que sus costumbres sean muy análogas á las de la serpiente de cascabel. Considerando el tamaño y la robustez de su cuerpo, así como la potencia de sus terribles armas, se puede deducir que se atreverá con animales de regular volúmen y fuerza.

»Parece que la época de la muda de estos reptiles coincide con la de los pájaros, en el Brasil; pues en la selva virgen de Morro de Arara, encontré en el mes de marzo una piel recién despojada, en la que todavia estaban muy visibles las impresiones de las escamas.»

«Si no viviese, dice Schomburgk, casi exclusivamente en los grandes bosques este temible animal, á cada paso se en-

contraria el viajero en peligro de muerte; pues, segun el aserto general de los indios, el *surucucu* no huye, como las demás serpientes, á la vista del hombre, sino que retorcido en circunvoluciones parecidas á las roscas de un tornillo, aguarda tranquilamente al viandante que se le acerca, para arrojarse sobre él de improviso, con la velocidad del rayo. Seguramente es el laquesis el botrofidio mas venenoso y mas temible de la Guayana, y su mordedura suele considerarse como fatalmente mortal.»

«La mordedura de esta serpiente, dice por su parte el príncipe de Wied, produce la muerte en muy breve tiempo. Cerca de Rio Janeiro murió un negro en seis horas, y otro en doce, de resultas de la misma, refiriéndose varios otros casos análogos. Los heridos suelen arrojar sangre por la boca, nariz y orejas. A veces sanan los pacientes, cuando la cura puede empezar inmediatamente despues de haber sido mordidos; con todo, es muy difícil distinguir la verdad de la ficcion, en medio de tanto cuento y conseja que corren de boca en boca.»

De la obra del mismo príncipe, copiamos tambien los siguientes datos que acerca de esta especie le fueron comunicados por un hacendado holandés de la Guayana: «Felizmente, dice este, el *surucucu* no abunda en las inmediaciones de las haciendas, pues frecuenta mas las selvas. Con todo, como aquí existen varias sierras de agua y residen muchos negociantes en madera, sucede á veces que la serpiente hace alguna victima entre los que se dedican á este comercio. Un indio que habia entrado en casa del señor Moll en calidad de cazador, se fué una mañana al bosque para cumplir los deberes de su cargo. Al poco rato, su perro empezó á aullar, señal manifiesta de que habia descubierto una serpiente. El indio, temiendo por su perro, acudió en su auxilio, escopeta en mano; pero la serpiente, antes que él pudiese verla, se arrojó sobre el cazador y le pegó un fuerte mordisco en el brazo desnudo, mas arriba del codo, huyendo en seguida. El hombre, que no sentia todavia dolor alguno, persiguió al reptil, y habiéndolo muerto, por último, le abrió el cuerpo, y se fregó la herida con la piel del animal; recogió su caza, y se dispuso á regresar á la hacienda. Sin embargo, á los pocos pasos, perdió los sentidos y cayó al suelo; el perro, creyendo muerto, sin duda, á su amo, echó á correr hácia su casa, donde su agitacion y sus alaridos hicieron suponer al punto que habia acaecido alguna desgracia al cazador. Moll se hizo acompañar por uno de sus hombres, y siguió el camino que le enseñaba el perro. Al cabo de media hora encontraron al indio, estirado en el suelo y completamente rígido, pero dueño de sus facultades. Despues de haberle oido referir el suceso, le condujeron á casa de su amo; allí le prodigaron toda clase de auxilios, pero sin conseguir resultado alguno: el veneno habia penetrado ya en la sangre, y como ya habian pasado algunas horas desde el momento en que fué mordido, la muerte del paciente era inevitable.

»A pesar de lo peligroso de la mordedura de esta serpiente, se puede salvar al herido, haciendo uso de los medios que indico á continuacion, siempre que puedan ser aplicados durante la primera hora despues de recibida la mordedura. Se prepara inmediatamente un par de botellas de leche, bien mezclada con unas seis cucharadas de aceite de oliva, que se propina en el acto al paciente en dosis regulares, pero muy seguidas, y si se tiene á mano, se le da á mascar caña de azúcar, ó en su lugar, una naranja agria; hácese profundas incisiones en la herida, aplicándole un vejigatorio de hojas de tabaco, maceradas con la raíz de la *Argemone mexicana*, y humedecidas con benjuí y tintura de alcanfor; cada cuarto de hora se renueva este parche, y se añade un poco de láudano, si se percibe que la herida ad-